



Un público de jóvenes y veteranos, obreros del propio Getafe y de otras zonas de Madrid, profesionales y estudiantes, bajo un sol que brillaba con fuerza.

Primera División... El mitin terminaba en el más absoluto orden, y la caravana se dirigía ahora hacia el centro de Madrid.

Pero, pese al inevitable protagonismo de la presencia y discurso de Carrillo, sería injusto no mencionar brevemente el contenido de alguna de las intervenciones que le precedieron. Intervenciones que, bajo la afirmación de Simón Sánchez Montero de que "el sol de la libertad empieza a brillar en España", fueron encabezadas por un poema ("Hay que tomar partido") de Blas de Otero, recitado por el propio escritor. Y que recogieron las palabras de Marcelino Camacho en torno a que "por primera vez en la historia de los fascismos, nosotros vamos a salir de él por la presión de las masas"; a que "la política del PCE siempre fue la de tratar de unir a los trabajadores en la libertad", como lo demuestra la creación de Comisiones Obreras, y a que éstas nunca deben convertirse en "correa de transmisión del partido", sino mantener una autonomía que les permita luchar por esa unidad a través, fundamentalmente, de las asambleas como centro impulsor de las reivindicaciones de los trabajadores. Por su parte, Víctor Díaz Cardiel (secretario de la organización de Madrid) enumeró algunos de los problemas que el cinturón industrial madrileño —Getafe, concretamente— tiene planteados de manera urgente, insistiendo en la necesidad de una gestión municipal democrática para que

dicha problemática fuese resuelta. Para ello, el primer paso es votar en las elecciones, porque "también en las Cortes se puede hacer un trabajo revolucionario". Ampliando un poco la perspectiva, Ramón Tamames analizó, asimismo, los temas madrileños, tras enumerar brevemente la política económica del partido, centro de su intervención en el mitin de Vista Alegre del día anterior y objeto de un brillante análisis que convirtieron sus palabras en las más destacadas de la tarde carabanchelera. Ya en Getafe, Tamames definió el Madrid de 1977 como "una cantera de plusvalía de los trabajadores, de acumulación capitalista, siempre al servicio de los intereses de la oligarquía", exigió la legalización de todas las Asociaciones de Vecinos y de su Federación, así como la conversión de la Diputación en el "Gobierno democrático de la provincia de Madrid", insistiendo en la necesidad de un Ayuntamiento elegido tanto a nivel de concejales como de alcalde. Cristina Almeida sería, previamente, la encargada de definir la postura del PCE a favor de las reivindicaciones femeninas, indisolubles de otras más globales, pero con peso propio.

A la salida del mitin de Getafe, muy cerca de donde cayera acribillado hace años Pedro Patiño, un vendedor voceaba: "¡Bocarrillos! ¡Ricos bocarrillos comunistas!". Era todo un resumen de la mañana... **Fotos: RAMON RODRIGUEZ.**

LoS
CoNteM
poRa
ñEoS

POBRE SR. SUAREZ

DIJO don Adolfo Suárez en la televisión: "Soy democrata, y sinceramente democrata". ¡Cómo ha debido sufrir este hombre durante todos los años pasados sirviendo a la antidemocracia! Un calvario, su vida ha debido ser un calvario. Sobre todo cuando era ministro del Movimiento, una institución y una ideología creadas para destruir la democracia. O cuando dirigía la televisión y evitaba que salieran a la pantalla sus compañeros de ideología democrata, por los que sin duda sentía una solidaridad íntima que le era imposible manifestar en público. Muchos demócratas han sufrido en la época del franquismo; quizá ninguno tanto como el señor Suárez, en razón de los cargos que sin duda se ha visto obligado a desempeñar. Tiene que escuchar ahora al señor Fraga acusarle de ingratitud hacia la España "en la que él y toda su generación tuvieron posibilidades nunca antes dadas y de las que él, por cierto, hizo uso amplísimo". Sin embargo, el señor Fraga debería comprenderle, porque también él se proclama democrata, y también ha debido sufrir mucho. ¡Víctimas de la dictadura, obligados como tantos otros a adoptar una imagen pública que no les correspondía! Otros tuvieron la suerte de ser fusilados, encarcelados o exiliados por defender la democracia: se les evitó la amargura de la doble personalidad.

¡Pobre señor Suárez! Sus amarguras no han terminado. Sinceramente democrata como lo es, debe estar sufriendo de esta doble acepción de candidato por la democracia y al mismo tiempo de presidente del Consejo. ¡Cómo sufrirá el candidato Suárez cuando se haya enterado de que la televisión del Estado ha prohibido las declaraciones del señor Múgica contra él! ¡Cómo debe estar de desesperado al ver que no se legaliza una larga serie de partidos políticos que deberían estar presentes en un libre juego democrático! Sin duda le habrá sido profundamente amarga la prohibición del 1 de mayo sindical, y las continuas órdenes gubernamentales para que las brigadas antidisturbios impidan la busca que otros hacen de sus libertades.

Ya pretende el candidato Suárez que el presidente Suárez sea neutral con él. Ya le debe estar amargando haber tenido más de media hora la televisión a su servicio, cuando los otros candidatos no la tienen. ¡Cómo querría que los otros políticos pudiesen retratarse con el presidente Carter! Acude a las elecciones "sin privilegio alguno de organización, sin apoyo de los órganos de Gobierno y, por supuesto, sin ningún apoyo de la Corona, que está por encima de las opciones y contiendas". Esto es lo que proclama. Hay que temer mucho que no lo vaya a conseguir, y que sufra una frustración más.

Como las que han debido hacer las etapas de su vida entera. De frustración en frustración, ha llegado a ser presidente del Consejo de Ministros, aunque hábilmente haya evitado ser ministro. "On ne peut vaincre sa destinée", decía Racine en "Fedra". El "fatum", el "deus ex machina", ha llevado a este sincero democrata a algunas de las situaciones más antidemocráticas que se han conocido en España, y le han convertido en su protagonista. Castigo de dioses. "Cuando los dioses quieren castigar a uno, le hacen individuo", escribía Ibsen. Quizá ahora le llegue la gran ocasión de su vida. Sin privilegios, sin apoyos, sin nada, a cuerpo limpio, va a las elecciones como un democrata sincero más. Obligado, sin embargo, a no abandonar su cargo: no puede ni siquiera dimitir porque "eso supondría entrar en una crisis política que pienso no le conviene al país en estos momentos".

¡Pobre señor Suárez! ■

POZUELO